

¿Va con «v» de vaca o «b» de burro?

¿Vaca nemvl ta wirintugekelu «v» egu kam tati «b» egu burro nemvl mew?

Is it spelled with a «v» as in *vaca* or a «b» as in *burro*?

Gonzalo Espinosa¹ | María Mare²

¹ Universidad Nacional del Comahue

² Universidad Nacional del Comahue / CONICET

Email

¹ gonzalo.espinosa@fadel.uncoma.edu.ar

² mare.purcigliotti@gmail.com

ORCID

¹ <https://orcid.org/0000-0002-0370-9520>

² <https://orcid.org/0000-0002-9250-2467>

RESUMEN. La escritura de frases y palabras puede generarnos muchas dudas, en especial, cuando un mismo sonido se representa con letras distintas. Sin embargo, preguntarnos cómo se escribe una palabra podría ser el puntapié inicial para descubrir muchas cosas que pasan en las lenguas y alrededor de ellas.

Palabras clave: ortografía, sonidos, grafemarios

PICIWIRIKVNUN. Wirintukule ce kiñe nemvl kiñeke mew, fey naqpapeafulu epuzuam. Mvlele kiñe zugun wirintugekelu epu pi-cikewirin mew, feymew naqpagekeafuy epuzuam tati. Fey mew, ramtuwgekelu ce tañi norwirintukugekeam, normapuwin mew, fey pepi amuy tañi pelomtuafiel fenxenke zuamfali zugu rupageke-ci wajpa zugun mew.

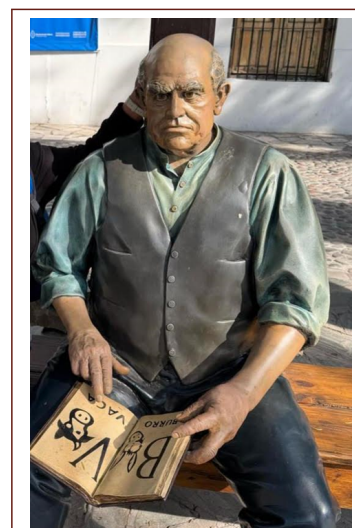
Rvftu nemvl: normapuwin, zugun, wirinkenemvlwe

1 | INTRODUCCIÓN

En la ciudad de San Juan, Argentina, se encuentra un monumento a Domingo Faustino Sarmiento, en el que el “padre del aula” es representado junto a un libro que indica “B burro” y “V vaca”. Para los desprevenidos esta escultura no tiene nada de raro, ya que, si en la escuela nos enseñan que “burro se escribe con b larga y vaca con v corta” y Sarmiento es la figura por excelencia de la educación, parece totalmente lógico verlo representado de esa manera. Pero no... muy por el contrario. Siguiendo el espíritu de intelectuales latinoamericanos como Andrés Bello, entre otros, Sarmiento abogó por una reforma de la ortografía en la que la distinción entre «b» y «v» no existiera. De hecho, en 1846, usando el sistema ortográfico que él mismo proponía, escribe lo siguiente:

Bello (...) dice: «no el vulgo sino toda clase de jentes i aun la de más educación i cultura suele a menudo colocar mal estas dos letras, pronunciando, pongo por caso, las palabras *vano*, *tuvo*, *octava*; como si se escribiesen *baño*, *tubo*, *octuba*; i por el contrario *bala*, *ribera*, *lobo*, como si se escribiesen con ü.» Pero este echo a sido mal apreciado, porque en América el sonido v no solo se confunde sino que se a perdido!

(Sarmiento, *Anales de la Universidad de Chile*, 1846: 180).



Qué sorpresa, ¿no? El propio “padre del aula” diciendo que el sonido representado por la letra «v» se ha perdido e impulsando que eso se refleje en la escritura. ¡Y le hacen un monumento que machaca en la idea opuesta! Encima, 180 años después de sus conferencias sigue habiendo gente en las aulas que se muerde con furia el labio inferior para que se entienda que *vaca* se escribe con “v corta”. Somos raros los humanos... Esa rareza, sin embargo, viene de la eterna tensión entre los aspectos naturales y los culturales. La pregunta es cómo se llega de una cosa a la otra, es decir, cómo es que una onda sonora que identificamos como una emisión lingüística se “transforma” en una sucesión de letras combinadas sobre un papel o en una pantalla. Y además... ¿de dónde sale la afirmación de que “el sonido v no solo se confunde sino que se pierde”? ¿Qué es eso de “perderse” cuando hablamos de los sonidos de las lenguas? Bueno, de eso se tratan estas páginas... ¿o pájinas? ¡Sarmientoooooooooo!

2 | SONIDOS Y LETRAS

Antes de empezar con el asunto, pongámonos de acuerdo en algunas convenciones. Cuando hablamos de letras o grafemas, es decir, los símbolos que usamos para escribir, empleamos los corchetes angulares « » . Ahora bien, al pasar a los sonidos, si son distintivos en una lengua usamos las barras / /. ¿Qué significa que sean distintivos en una lengua? Bueno, significa que si cambiamos uno de los que está entre barras por otro que también está entre barras, vamos a asociar esas ondas sonoras con cosas diferentes. Por ejemplo, /k/ y /t/ permiten distinguir *coma* /'koma/ de *toma* /'toma/. Cuando dos sonidos no son distintivos en los términos que acabamos de mencionar, pero sí reflejan variaciones en la pronunciación, usamos los corchetes []. La pronunciación de un sonido se puede ver afectada por su ubicación y por los demás sonidos que lo rodean (¡dime con quién andas...!). Para quienes hacemos lingüística, identificar dos sonidos diferentes de dos pronunciaciones diferentes es la sal de la vida. Ahora sí vamos al punto...

Las lenguas orales están conformadas por sonidos que se representan (o no) en un sistema de escritura convencional. Estos se pueden clasificar en dos grandes categorías. Por un lado, están las consonantes, que son sonidos que generalmente presentan alguna obstrucción en el aparato fonador, como cuando nuestro labio inferior toca los dientes superiores al pronunciar el primer sonido de la palabra *fofo* o cuando los labios se cierran por un instante cuando decimos *papa*. Por el otro, existen las vocales, en las que el sonido sale libremente por la boca (o por nariz en algunas lenguas). Esto significa que nuestros articuladores —o sea, nuestros labios, dientes, lengua y alveolos— no se rozan ni se chocan, sino que nuestra boca se moldea para que las vocales presenten sus cualidades contrastivas. Por ejemplo, en la interjección *uh*, que decimos cuando nos lamentamos, y *ah*, cuando indicamos sorpresa o comprensión, lo que está en juego son nuestros labios y lengua para generar un “molde” distinto en esa salida de aire sin obstrucción. ¡Por favor, dejen de hacer gestos con la cara mientras leen!

Tanto las consonantes como las vocales tienen una representación ortográfica en las lenguas que han desarrollado un sistema de escritura conformado por letras y símbolos¹. Estos componentes de la escritura han sido creados y seleccionados de manera consciente y consensuada. Sin embargo, la correspondencia entre cada sonido de la oralidad y cada letra o símbolo en la escritura nunca es exacta. Por ejemplo, una consonante como /k/ en español puede representarse con las letras «c» en *casa*, «q» en *queso* y «k» en *kilo*. Del mismo modo, una misma letra como «b» puede pronunciarse como [b] en *combate* o como [β] en *abuela*.

Esta falta de exactitud conlleva distintos niveles de distancia entre sonidos y letras. Es decir, hay lenguas que

¹Para indagar un poco más sobre los sistemas de escritura, les dejamos este artículo de la sección *Lingüística que no muere*, escrito por Agustina Miranda.

poseen sistemas de escritura que se acercan más a la oralidad que otras, pero nunca esa relación es perfecta. Por lo general, tenemos más sonidos que letras. Si quisiéramos facilitar el aprendizaje de la lectura y la escritura en una población y crear una correspondencia entre lo que decimos y lo que vemos en las letras, entonces tendríamos un alfabeto algo diferente al que conocemos. Así, en el mundo hispano nadie se preguntaría si *quise* se escribe con «c», «z» o «s» o si *lavar* va con «v» o «b», ya que habría un símbolo único para cada sonido. ¿Es posible un reto así? Sí, es posible. De hecho, ese fue el objetivo de la Asociación Fonética Internacional hacia fines del siglo XIX al momento de crear el *Alfabeto Fonético Internacional* (AFI) para poder representar los sonidos de las lenguas de manera uniforme y universal. Los **símbolos del AFI** no buscan reemplazar a los sistemas de escritura convencionales, sino agilizar la transcripción de los sonidos de manera más precisa en cualquier lengua. A tal fin, ofrece alrededor de 150 símbolos que son de gran utilidad para las personas interesadas en aproximarse a la oralidad de las lenguas, ya sean profesionales del lenguaje o personas que se embarcan en el aprendizaje de la pronunciación de lenguas adicionales de manera aficionada. El resto de los mortales orejemos e intentamos que las letras nos digan algo.

2.1 | Definamos las letras... pero ¿cuántos sonidos hay?

Si la ortografía de una lengua se define a partir de una relación uno a uno, cada sonido se corresponde con una letra o grafema (las de los « ») y viceversa: cada grafema representa un sonido. El problema es que no solo los sonidos son muchos, como acabamos de mencionar, sino que la propia idea de sonido es amplia... ¿qué consideramos? ¿los sonidos que ubicamos entre barras / / o los que pusimos entre corchetes []? Definir qué sonidos van con / / y cuáles con [] no ha sido tarea sencilla. Esto se debe a que, desde ciertos puntos de vista, las lenguas presentan categorías graduales en las que es muy difícil determinar el límite entre una cosa u otra, pero esto será tema de ensayos futuros.

Si pensamos en los procesos de escolarización, no sería muy productivo que una persona deba aprender a reconocer tantas letras para producir lo que ya produce en el día a día de manera natural. Por ejemplo, una misma letra como «s» puede tener al menos tres símbolos según su pronunciación en muchas variedades de Argentina: [s], [h] y [x] como en *casa* ['kasa], *basta* ['bahta], *escuela* [ex'kwela], respectivamente. Si agregamos variedades de otros lados como México y el sur de España, tenemos que agregar dos símbolos más: [z] en *desde* ['dezðe] y [θ] en *cine* ['θine]. Entonces, si contemplamos la pronunciación de un sonido según el contexto para definir las letras, nuestro alfabeto se ampliaría muchísimo y estaríamos cumpliendo la función del AFI. En la era digital esto no parece tan problemático a los fines técnicos, pero piensen en los teclados de computadoras y, yendo más hacia atrás, en las máquinas de escribir. Muy poco operativo.

La pregunta ahora es por qué nuestra escritura opta por un inventario que es más chico que los sonidos reales en la oralidad. Hay varias razones, pero, por lo general, se opta por usar una letra cuyo sonido representado genera contrastes de significados. Para entender esto, debemos recurrir a un clásico de los estudios fonético-fonológicos: la diferencia entre fonema y alófono, que es el nombre técnico de lo que venimos marcando con / / y [], respectivamente. Cuando un sonido genera contraste en significados, estamos en presencia de categorías abstractas llamadas *fonemas*: vimos antes el contraste entre /k/ y /t/, pero también lo vemos entre /s/ y /p/. Si tomamos *casa* y *capa*, vemos que hay una diferencia entre el sonido /s/, que aparece en la primera palabra, y el sonido /p/ de la segunda. Esa diferencia afecta el significado y, por tanto, estamos ante fonemas. En estos casos, los fonemas coinciden en su diseño como símbolos con sus versiones ortográficas: «s» en *casa* y «p» en *capa*.

En cambio, los sonidos que representamos entre corchetes, como [s], [h], [x], [z], [θ] en los ejemplos del párrafo anterior, corresponden a distintos alófonos del fonema /s/. Los alófonos son las versiones concretas y

reales de los sonidos y, por lo general, los hablantes no son muy conscientes de su diversidad. Si alguien en el sur de España dice ['kaθa] y en Chile se dice ['kasa], no existe un cambio de significado, sino una mera diferencia de pronunciación generada a través de los siglos por la migración y mezcla de los pueblos. Y si hubiera ambigüedad entre la vivienda y la actividad de cacería, esta se define por contexto oracional y comunicativo: los hablantes seseantes, como se conocen a quienes emplean [s] para *casa* y para *caza*, no se confunden con lo que quieren decir, ni son más incomprendidos que quienes sí realizan una diferenciación.

Lo mismo sucede cuando una persona en Buenos Aires dice [dos] y otra en la Patagonia se “come la s” y dice [doh] para referirse al mismo número. En otras palabras, da lo mismo escuchar distintos alófonos, porque cada uno de ellos pertenece a la misma categoría abstracta. Entonces, para definir un alfabeto es más productivo respetar los fonemas de las lenguas y dejar de lado aquellas diferencias en sonidos que no aportan significados nuevos. Esto es lo que se conoce como *Principio Fonémico* y supone que cada letra se corresponde con un fonema y cada fonema con una letra. El sueño de Sarmiento y muchos otros.

2.2 | La ardua tarea de elegir las letras

Ahora bien, elegir la letra que representa un fonema determinado no es tarea sencilla. Ha habido debates políticos, lingüísticos e históricos para determinar un alfabeto y los sigue habiendo, aunque en el caso del español la Real Academia se calzó el traje de jueza hace tiempo ya y no da mucho lugar para seguir con estas discusiones. Quizás el momento de mayor auge en el debate público sobre la ortografía se dio durante el siglo XIX en Latinoamérica, en los años que siguieron a las luchas por la independencia. Sin embargo, ninguna de estas propuestas pudo avanzar... al punto que el propio Sarmiento queda inmortalizado en una estatua que refleja exactamente lo opuesto a su pensamiento sobre la ortografía americana. Así las cosas, el inventario de letras del español cuenta hoy en día con una uniformidad estable en el mundo hispanohablante. Este conjunto de elementos en la escritura es cerrado y no existen personas que sepan leer y escribir que no reconozcan esas letras. El problema es, sin embargo, llegar a leer y escribir, como ya notaba el “padre del aula” en los *Anales* que citamos en §1.

El hecho de que la correspondencia entre sonidos y letras no sea exacta tiene una consecuencia de doble cara: una está vinculada con el reconocimiento y lectura de lo que vemos escrito y la otra tiene que ver con cómo utilizamos las letras cuando escribimos. En cuanto a la primera cara, a diferencia de otras lenguas, el sistema ortográfico del español presenta cierta facilidad para poder descifrar la escritura y pronunciar los sonidos detrás de las letras. Es decir, cualquier persona escolarizada puede leer un texto a primera vista y puede inferir cómo se dicen las palabras a partir de su escritura. Incluso, en el caso de la «h» que no se corresponde con ningún fonema en la actualidad². Un hablante escolarizado va a saber que «hola» y «ola» se pronuncian igual, pero que la «h» en combinación con la «c» son dos letras que representan el fonema consonántico /tʃ/ de *churrasco*. Estas “bondades” de la ortografía del español no las encontramos en lenguas como el francés o el inglés en las que, al momento de leer palabras menos comunes, los propios hablantes nativos no se sienten muy seguros de cómo inferir la pronunciación³.

Ahora bien, ¿qué ocurre cuando queremos representar nuestra pronunciación en palabras escritas? ¿Nos

²En el castellano antiguo ese grafema representaba un sonido aspirado muy parecido al alófono [h] que vimos para *basta*. Intenten reconocer ese sonido en *basta* y ahora pronuncien *hola* con esa aspiración. Seguro que el Cid Campeador vendrá desde el siglo XII a responderles.

³Y a los no nativos hay que ayudarlos con diversas estrategias, como en el caso del conductor del programa televisivo *La Voz argentina* (2025), Nico Occhiato, que se hizo viral porque en la pantalla que él ve le indican la pronunciación de las canciones en inglés empleando la relación letras-sonidos del español, como pueden ver [acá](#). Por ejemplo, cuando presentó la canción “Baby, one more time”, en su pantalla aparecía *Beibi uan mor taim*.

surgen dudas? Por lo general, sí. Y acá encontramos la segunda cara. Cuando intentamos escribir ajustándonos a la normativa, solemos cotejar con un diccionario o consultar en internet, aceptamos las sugerencias de los predictores de textos o le preguntamos a alguien cómo se escribe determinada palabra. Si no buscamos o preguntamos, muchas personas eligen la opción que les parece mejor, a veces, haciendo asociaciones que pueden derivar en resultados equivocados. . . Lo bueno es que cuando son muchos los que “pifian”, se termina afianzando una forma, como en el caso de *zarpase*. Esta palabra que aparece en frases como *Se re zarpó* llega a la escritura luego de mucho uso oral y los hablantes le atribuyen su propia etimología al momento de escribirla. Entonces, la asocian con *zarpas*, es decir, el evento referido a la partida de una embarcación y, como ambas palabras se pronuncian igual, le mandan la «z», que parece más culta. Pero la realidad es que esta palabrita viene de la inversión silábica de *pasarse* (fenómeno que se conoce como “vesre”) y, por lo tanto, tendría que escribirse con «s». Fíjese, usted. Lo más divertido es que si alguien escribe *¡Se re sarpó!*, los correctores automáticos lo cambian por *zarpó*. Y si es un posteo en redes, bueno. . . prepárense para ver una lista de comentarios corrigiendo la “falta ortográfica”.

Estas dos caras nos muestran que, si bien hay una facilidad para predecir cómo pronunciar una palabra que vemos escrita, a la hora de hacer la tarea inversa nos encontramos que para un mismo sonido tenemos más de una opción y que la ausencia de sonido a veces aparece materializada en una letra: la querida «h». Las razones que suelen darse para justificar ambas cuestiones recogen el concepto de variación de una manera o de otra. Para el mantenimiento de letras diferentes en el caso de todo lo que en las variedades americanas corresponde al fonema /s/, se plantea que en variedades peninsulares hay una distinción que es tan respetable como la de /k/ y /t/. Es decir, en algunas variedades *casa* y *caza* se diferencian en la pronunciación tanto como el sonido inicial en el contraste *caza* y *taza*. Así es que podríamos decir que esos hablantes distinguen entre un fonema /θ/, realizado como [θ], y un fonema /s/ que se manifiesta también como [s]. Pero seamos claros: no es que esa gente aprende primero la escritura de la palabra y entrena para sacar la lengua entre los dientes al decir *caza* o *zapato* y dejarla atrás de los dientes al decir *casa* o *sapo*. No, la distinción está dada en la oralidad, sin monitoreo consciente sobre la pobre lengua que va de acá para allá.

Entonces, ante esta situación de variación, siguiendo ese espíritu tan de la RAE de “unificar, limpiar y fijar”, se postula la necesidad de respetar el *Principio de unificación*, que implica que todo el mundo hispanohablante emplee el mismo grafemario y siga la misma ortografía. Así nomás. . . aunque haya exponentes totalmente obsoletos para algunas variedades. . . que oh, casualidad, son justo las americanas. Al tacho los proyectos de Juan García del Río, Andrés Bello y Domingo Sarmiento que intentaban reflejar en la ortografía los aires de independencia que estaban soplando.

Ustedes estarán pensando, con razón, que todo bien con el *Principio de unificación*, pero que no justifica la pervivencia de la «v» y la «b» o de la «h», que no recuperan información fonética relevante en ninguna variedad. Hay respuestas para todo. Para estos casos y otros, se aduce que sería una pena que se borrara sin más la historia de la palabra en cuestión. Que si alguna vez hubo romanos redondeando los labios y mordiéndose apenas para decir *vaca* y uniendo ambos labios para decir *Baco* (el dios del vino y la fiesta), no sería lindo no rendirles un homenaje manteniendo esa distinción. Y nos tenemos que ir hasta los romanos, porque parece que ya incluso en los últimos tiempos de esa lengua (el latín tardío) se había perdido esa distinción. En fin. . .

3 | MÁS VACAS Y BURROS

Podrán imaginar, con lo dicho hasta ahora, que la falta de correspondencia grafía-sonido es la responsable de que seguramente todos en algún momento nos hayamos preguntado si una palabra va con «v» de *vaca* o «b» de *burro*.

Entonces, para explicar los sentimientos encontrados que nos suele generar nuestra ortografía, debemos entender que, por ejemplo, «v» y «b» no representan dos fonemas distintos, sino que detrás de esas letras existen alófonos que corresponden a la misma categoría abstracta. Las letras «v» y «b» son dos manifestaciones ortográficas de un mismo fonema, que, siguiendo las convenciones del AFI, representamos como /b/. Para encontrar evidencia de esto, solo necesitamos contrastar pares de palabras como *vaso* ['baso] y *paso* ['paso] o como *bala* ['bala] y *pala* ['pala]. En estos pares, el sonido [b] genera significados distintos a [p] porque pertenecen a distintos fonemas. Lo interesante aquí es que tanto «v» como «b» no presentan diferencia alguna en el plano de la oralidad. ¿Cuáles son los sonidos que existen detrás de «v» y «b»? Para gran parte del mundo hispanohablante las dos manifestaciones más comunes son los alófonos [b] y [β]. El primero se trata de un sonido que realizamos cuando nuestros labios se cierran completamente por un instante. Esto ocurre, generalmente, cuando hay una consonante nasal antes, como en *embudo* [em'buðo] o en *con vos* [kom'bos], o cuando «v» y «b» se pronuncian después de una pausa como en *¡Vamos, Mike! o ¡Ben, agarralo!*⁴. Para el sonido [β], en cambio, nuestros labios no se chocan y la apertura de los labios varía según los distintos sociolectos y estilos de habla. Ejemplos que ilustran este alófono son *la vaca* [la'βaka] o *había* [a'βia], en posición intervocálica, o *el burro* [el'βuro] o *alvino* [al'βino], cuando el sonido de la letra «l» está antes.

Pero en el caso de las vacas y los burros, ¿siempre se pronuncian igual? Para empezar a contestar esta inquietud debemos prestar atención a la posición de los sonidos que nos interesan. Si nos referimos a los que están en el medio de palabras, la respuesta es que una población que comparte rasgos de pronunciación similares siempre debería pronunciar, en contextos neutros, un mismo sonido. Por ejemplo, *había* y *avión* se pronuncian comúnmente con [β], ya que, como vimos, el sonido en cuestión está entre vocales, mientras que *combo* y *envase* salen con [b]. Es decir, las palabras no suelen presentar mucha variación en la conformación de sus sonidos internos. Pero cuando el sonido está al principio de palabra, su pronunciación depende del contexto lingüístico anterior. Entonces, *esa vaca* y *ese burro* se dicen con [β] porque hay una vocal antes y otra después, pero se dicen con [b] cuando hay, por ejemplo, una consonante nasal antes: *con vacas* y *con burros*. Como podemos ver, la pronunciación concreta del primer sonido de *vaca* y de *burro* no depende de las palabras en sí mismas, sino que está ligada al contexto fonético-fonológico en el que se insertan. ¿Podemos optar por [b] o [β] o estamos obligados a mover nuestros articuladores de alguna manera determinada? La verdad es que en la mayoría de los casos nuestro sistema fonológico no es muy democrático y no hay lugar para mucha negociación. Simplemente, intenten cerrar completamente los labios en *esa vaca* o traten de no cerrarlos en *con vacas*. Qué difícil, ¿no? ¿Pasaré lo mismo con los burros?

Ahora bien, cuando las personas intentan diferenciar los sonidos entre *vaca* y *burro*, realizan un esfuerzo para producir cosas distintas con los articuladores: cierran los labios, los aproximan o se muerden los dientes. Al momento de querer encontrar una diferencia entre «v» y «b», que quizás provenga de aquellos dictados o correcciones en muchas escuelas primarias, al menos en Argentina, hay quienes generan fricción entre el labio inferior y los dientes superiores y obtienen algún sonido labiodental como [v]. Sin embargo, para la gran mayoría de los hablantes de Argentina y en la gran mayoría de contextos, este sonido no es parte del inventario de consonantes en la oralidad. Si alguien dice que *vaca* y *burro* se pronuncian distinto, es posible que logre alguna diferenciación mientras dure su consciencia en el tema o el recuerdo de su maestra o maestro que recurrió a alguna estrategia de enseñanza muy alejada de la realidad fonética, en el proceso de alfabetización. Pero en el momento en el que esta persona se concentre en los mugidos y en los rebuznos, las primeras consonantes de estos animales seguirán pronunciándose igual, ya que, como dijimos, nuestro sistema fonológico nos impone qué sonido producir con muy poco margen de libertad.

⁴Mike y Ben son dos de los operadores que manipularon el robot de la expedición en el Cañón de Mar del Plata (agosto 2025) liderada por investigadores de universidades públicas y CONICET. Cada vez que se complicaba la captura de algún “bicho”, se leían esas frases de arenga en el chat del canal del Schmidt Ocean.

Entonces, ¿el sonido labiodental [v] existe en español actual? Si recurrimos a la RAE, vemos que este sonido labiodental no está presente en el mundo hispano y se aclara que no existen diferencias en la pronunciación de las letras «v» o «b». Es decir, los posibles sonidos para estas letras son los que hemos visto: [b] o [β]. Quizás en algún momento de la historia del español, existió algo como [v], pero eso es un debate abierto (lamentablemente hace muchos siglos no existía el AFI ni grabadores de sonido). Sin embargo, sí existen casos de hablantes que rozan el labio inferior con los dientes de arriba para pronunciar palabras que se escriben con «v» o «b» de manera natural. Para demostrar esto, nuestro colega amigo Scott Sadowsky nos muestra datos de personas de Chile que pronuncian [v]. ¿Cómo lo ha hecho? Les pidió a un par de informantes de este país que leyeran palabras que contenían «v» y «b» en distintos contextos fonético-fonológicos. Analizó la voz y también filmó los movimientos de la boca. Los resultados confirman lo que es fácilmente perceptible en esas latitudes: en la gran mayoría de los casos, estos hablantes juntan el labio con los dientes.

¿Por qué es común este sonido en esta población chilena? Las respuestas pueden estar vinculadas con la influencia de otras lenguas, como el proceso de sonorización de [f] que hay en algunas variedades del mapuzugun. ¿Habrá hispanohablantes en otros lugares que tengan [v] en su repertorio de sonidos como característica de una variedad? Lo que seguro ya no hay son variedades del español en las que «v» y «b» se correspondan con sonidos distintivos, los de las //, como sucedía, al parecer, en latín clásico. Y eso es así, por más que los docentes muerdan su labio inferior para traer al presente una distinción que supo ser, pero que ya no es.

Esto nos lleva a concluir que en el mundo hispanohablante sí existe el sonido labiodental [v], pero no como ocurre en otras lenguas como el inglés. En esta lengua, /v/ contrasta con /b/ de manera sistemática para generar significados distintos; por ejemplo: *very* ['veri] 'muy' y *berri* ['beri] 'baya'. En otras palabras, en inglés /v/ y /b/ corresponden a fonemas distintos, mientras que [v] es un alófono más en algunas variedades del español, junto con [b] y [β]. Ahora bien, ¿si un hablante español, como alguien de los datos que nos comparte Sadowsky, tiene en su inventario el sonido [v], significa que su proceso de aprender a escribir resultó mucho más fácil para escribir *vaca* y *burro*? Si fuera así, ¿deberíamos empezar a contagiarnos de nuestros vecinos chilenos para dejar de sufrir tanto con la ortografía? Lamentablemente los datos de Sadowsky nos dicen que la grafía no influye en la pronunciación. Es decir, estos informantes pronuncian [v] independiente de si se escribe con «v» o «b». Si nos dicen que pronunciamos [v] o si conocemos a alguien que produce este sonido de manera inconsciente, será cuestión de prestar atención a cuándo aparece, pero lo más probable es que la ortografía no refleja nunca la oralidad de manera exacta. Y si la refleja un poco más, como pretendía Sarmiento, tendremos «vacas» y «vurros», en lugar de «burros» y «bacas».

4 | HASTA EN LAS MEJORES FAMILIAS

Como ya hemos dicho, las lenguas se materializan por medio de sonidos en las lenguas orales y por señas en las lenguas de señas. En todos los casos, la escritura es una *tecnología* que creamos en algún momento para distintas finalidades. Justamente, dado que surge según las necesidades de una comunidad, el tiempo de “tradición escrita” nos muestra o nos oculta, según corresponda, cómo se van tomando las decisiones para establecer las letras que se utilizarán, qué sonidos se distinguirán y en qué medida se conservará una forma de escritura en el caso de préstamos o de términos que, sin ser necesariamente préstamos, quedaron fosilizados, como sucede con las palabras de origen grecolatino.

En el caso del español, la tradición escrita empezó hace varios cientos de años y, cuando allá por el mil doscientos y pico, Alfonso el Sabio impulsó la gran empresa de recopilar de forma escrita diferentes materiales

y traducir al castellano otros, consideró necesario establecer algunos acuerdos para que esa cantidad de personas involucradas en las transcripciones siguieran criterios similares al pasar ondas sonoras a un registro escrito que no estaba establecido. Desde aquellos tiempos, pasaron muchísimos años, hubo diversas propuestas, surgieron acuerdos y también nació una institución fundamental para el proceso de normalización y difusión de la opción que se constituyó como la base de las convenciones de la que ya hemos hablado: la RAE.

El abecedario que conocemos hoy no es resultado de un grupo de personas que por gusto nomás determinó que hubiera dos grafemas para un mismo fonema, como las letras «v» y «b», o un grafema que no se corresponde con ningún grafema, como la «h». Pura maldad. Bueno, no, no es así la historia. Lo que sucede es que la ortografía viene unos cuantos siglos demorada y los grafemas que tuvieron sentido en algún momento, porque se correspondían con un fonema, ya no lo tienen, porque las lenguas cambian a lo largo del tiempo y el espacio, y el sistema de sonidos es tal vez el primero que se ve afectado. Por esto es que decisiones que tuvieron una justificación en algún momento, quedan plasmadas como convenciones en las lenguas y se justifican por razones no lingüísticas, como vimos en §2.2.

El punto es que, como nos perdimos las discusiones que tuvieron lugar y, encima, en vez de difundir los planteos ortográficos de Sarmiento y demás intelectuales americanos del siglo XIX, lo que se propagó fue la idea de “*vaca* con «v», y *burro* con «b»”, recibimos ese grafemario y la manera de escribir las palabras como si siempre hubiera sido igual, casi como si fuera una parte natural de las lenguas y no el resultado de un proceso histórico y cultural, con sus idas y venidas, acuerdos, desacuerdos, roscas y portazos.

La otra cara de esa mirada ingenua y algo simplista de la escritura del español es que cuando nos toca ser contemporáneos a estos procesos en relación con la escritura de otra lengua, nos parece que el problema es esa otra lengua o sus hablantes, que no se pueden poner de acuerdo. Esto sucede con muchas lenguas, pero en nuestra región —la Norpatagonia— lo vemos con relación al mapuzugun. Si bien pareciera que esta lengua se escribe hace un montón, la cantidad de años de tradición escrita del mapuzugun es incomparable con la del español. Y a esto se suma, claro, la situación de minorización de esta lengua, que afecta su vitalidad en muchos sentidos. Pero incluso más allá de esto, resulta totalmente esperable que para la escritura del mapuzugun convivan no solo distintos grafemarios, sino también distintas maneras de segmentar las ondas sonoras para plasmarlas como palabras escritas. Para revisar un poco más esta idea, pueden ir a leer [este ensayo](#).

Para el mapuzugun hay distintas propuestas y también hay muchos casos en los que no se sigue una en particular, sino que los hablantes buscan alguna correspondencia con la escritura del español, sobre todo cuando han pasado por la escolarización. Así, podemos encontrar palabras del mapuzugun escritas de varias maneras diferentes, incluso por un mismo hablante. Es fundamental entender que esto no tiene nada que ver con las propiedades de la lengua, ni con características de sus hablantes, sino con factores extralingüísticos.

En el caso del mapuzugun, además de las reflexiones con respecto al *Principio fonémico* y al *Principio de uniformidad*, surgen también discusiones relativas a la otra lengua que se habla y escribe en la región... la hegemónica, también conocida como “opresora”. Por ejemplo, hay alternativas que buscan aprovechar el conocimiento de la escritura del español y usar las mismas opciones, como puede ser «q» para el fonema /k/ de nuestra *Quintú Quimün*. Otras propuestas, en cambio, intentan asimilarse lo más posible a los símbolos del AFI o sugerir alternativas que no remitan al español. Así, el grafemario de Anselmo Raguileo propone la «h» para representar el fonema /ɲ/ que es propio del mapuzugun y se pronuncia como la /n/ de *nene*, pero con la lengua saliendo entre los dientes. Este sonido se llama “*ene interdental*” y aparece, por ejemplo, en la palabra *hamyħ* ‘pie’⁵, que encontramos en el apellido Namuncurá del famoso Ceferino, de Chimpay (provincia de Río Negro), su tierra natal...

⁵Otras maneras de escribir esta palabra es *nhamünh* y *namn*. Si alguna vez visitan el hospital intercultural que se encuentra entre Aluminé y Ruca Choroy (provincia de Neuquén), van a ver cómo conviven diferentes formas de escritura.

5 | REDONDEANDO

Antes de irnos para Chimpay, vamos a cerrar este asunto. De este breve ensayo que toma la ortografía como punto de partida surgen muchísimas cosas. A partir del uso de la “v corta” y la “b larga”, hablamos de variación, surgieron cuestiones relativas a la historia y la “rosca” política en relación con las lenguas y recuperamos algunos criterios que se consideran para postular las convenciones de la escritura. También nos metimos en cuestiones más técnicas como la diferencia entre fonemas y alófonos y la relación más o menos directa que pueden tener con las letras o grafemas. Hasta recuperamos algunas ideas relativas a los grafemarios del mapuzugun. En fin, a partir de ahora, cada vez que vean un “error ortográfico” o consulten si una palabra va con «v» de *vaca* o «b» de *burro* recuerden que ese gesto puede ser el detonante para abrir la caja de Pandora de la curiosidad. Y eso, queridos lectores, es lo mejor que nos puede pasar.

REFERENCIAS PARA ENTUSIASTAS

- Álvarez Mellado, Elena (2016). *Anatomía de la lengua*. Molino de ideas. Barcelona: Larousse. Capítulo: ¿Se escribe como suena? El seseo o hacia una reforma ortográfica del español, 224-230.
- Borrego Nieto, Julio (dir.) (2016). *Cocodrilos en el diccionario. Hacia dónde camina el español*. Madrid: Espasa. Capítulo 1: De ciervos que se casan y siervos que se cazan, 23-32.
- Catrileo, María (1984). Consideraciones lingüísticas en torno a un grafemario uniforme para el Mapudungun. *Lengua y Literatura Mapuche* 1, 29-40.
- Díaz Salgado, Luis (2011). Historia crítica y rosa de la Real Academia Española. En S. Senz (ed.), *El dardo en la Academia*. Madrid: Melusina, 21-156.
- Etchenique Elizondo, M. Teresa & M. José Martínez Alcalde (2013). *Diacronía y Gramática Histórica de la Lengua española*. Valencia: Tirant Humanidades.
- García Del Río, Juan & Andrés Bello (1823). Indicaciones sobre la conveniencia de unificar y simplificar la ortografía en América. *Repositorio americano*, Tomo 1, 27- 41.
- López García, María (2023). *¿Está bien dicho?: hablar y escribir más allá de la ortografía y el diccionario*. Buenos Aires: Tilde Editora.
- Mare, María (2022). Etiquétame, etiquétame mucho. *Quintú Quimiün. Revista de Lingüística* 6, Q059, 1-11.
- Miranda, Agustina (2021). Cada lengua tiene el sistema ortográfico que se merece. *Quintú Quimiün. Revista de lingüística* 5, Q056, 1-14.
- Pilar Álvarez-Santullano, Amilcar Forno & Eduardo Risco (2015). Propuestas de grafemarios para la lengua mapuche: desde los fonemas a las representaciones político-identitarias. *Alpha* 40, 113-130.
- Sadowsky, Scott (2010). El alófono labiodental sonoro [v] del fonema/b/en el castellano de Concepción (Chile): una investigación exploratoria. *Estudios de Fonética Experimental* XIX, 231-261.
- Sarmiento, Domingo F. (1846). *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago: Imprenta del Pacífico, 1846-volúmenes, (1846), páginas 127-136. Recuperable en Memoria chilena: <https://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-588559.html>